

GACETA MÉDICA DE MÉXICO

PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MÉXICO.



EL DIA 17 DE NOVIEMBRE PROXIMO PASADO

HA FALLECIDO

EL SEÑOR DOCTOR DON ANICETO ORTEGA,

**Miembro de la Academia de Medicina
de México.**

NECROLOGIA.

En la sesion del 17 del corriente la Academia de Medicina tuvo la indescribible pesadumbre de encontrar entre su correspondencia escrita, un pliego en que la Direccion de la Escuela le anunciaba la muerte del Sr. D. Aniceto Ortega, acaecida al amanecer del mismo dia.

Esta noticia, aunque tenida desde varios dias ántes, nos consternó como si no hubiese sido esperada; y es que mientras padecen las personas que se aman, la pena es endulzada por los delicados perfumes de la esperanza; pero la realidad de la muerte solo deja en el corazon un vacío tan hondo y tan negro como la bóveda del sepulcro.

Aniceto Ortega era en el seno de la Academia una verdadera joya que le daba luz con su clara inteligencia y la animaba con su laboriosidad; era el amigo de todos y cada uno de sus miembros, y fué no pocas veces el ardiente faro de sus inspiraciones literarias.

Todo esto hace comprender el inmenso desaliento con que terminó la memorable sesion del 17. Cada uno de nosotros sentia el corazon empapado en silenciosas lágrimas, y la imaginacion de todos era ocupada por las mismas tristísimas ideas.

¡Morir; y morir tan pronto! . . .

Morir cuando la ciencia esperaba todavía nuevas y nuevas concepciones de su inspirado intérprete!

Morir cuando la patria preparaba aún laureles para coronar otra vez á su hijo muy amado!

Ciertamente que solo el cristianismo puede tener palabras de consuelo y de esperanza contra tan inmenso infortunio.

Nosotros que hemos sabido medir toda la extension de tan irreparable pérdida; nosotros que sentimos el peso de esta calamidad con nuestro corazon de amigos y admiradores del difunto; acordamos llevar á sus funerales el contingente de nuestras lágrimas, y nombramos al Sr. Dominguez intérprete de nuestros sentimientos.

Las honras tuvieron lugar la tarde del dia 22 en el salon general de la Escuela de Medicina, convenientemente dispuesto por los alumnos para tan triste ceremonia.

En el centro se levantaba el negro catafalco que sostenia el ataud, y sobre el cual caía en pliegues vaporosos un pabellon de gasa negra suspendido de la techumbre donde brillaba en grandes letras de oro el mono-

grama del difunto, como luce su nombre inolvidable en el cielo de la Ciencia. En los cuatro ángulos del fúnebre monumento, ardian cuatro grandes lámparas, de flamas verdes, y junto de ellas estaban de pié, inmóviles, abatidos, silenciosos, cuatro médicos asistentes al hospital de Maternidad. El gran dosel y las colgaduras de puertas y ventanas eran negras como la noche de la eternidad, y aquí y allá veíanse lúgubres coronas, y aquí y allá tristemente chispeaban gruesos cirios de amarillenta cera.

Agréguese á todo esto una numerosa concurrencia formada de lo más granado de nuestra sociedad, y presidida por el Director de la Escuela, que no obstante su inmensa pesadumbre, quiso esforzadamente llegar con todos los amigos de su hermano hasta las puertas de su sepulcro; y agréguese tambien las tumultuosas lágrimas y los no contenidos lamentos de varias señoras discipulas del ilustre tocólogo; lágrimas y lamentos muy más valiosos que los de aquellas antiguas plañidoras de que nos habla la historia; agréguese, por último, una serie de sentidos y dolientes discursos pronunciados por los representantes de todas las Sociedades científicas, artísticas y literarias de la capital, en honor del sabio, del inspirado artista, del elocuente literato, del culto caballero, y se tendrá una idea de aquella ceremonia, más notable por la sinceridad del sentimiento que por su lujosa pompa.

Desearíamos engalanar nuestras columnas con todos los discursos, pero no siendo esto posible, nos limitamos á insertar el que pronunció el representante de nuestra Academia.

Dijo así:

SEÑORES:

Ante las frias é inmóviles reliquias del hombre que fué nuestro amigo, y tantas veces nos conmovió con los enérgicos conceptos de su imaginacion ardiente, ó con las riquísimas melodías de su levantado espíritu; ante los venerandos restos de quien abrazó con entusiasmo y desempeñó con perfeccion el difícil cuanto amargo deber de la enseñanza; ante ese ataúd que guarda para siempre un poco de polvo que vivió para la patria, y era de ella el orgullo y esperanza; que trabajó para su familia dándole un nombre sin mancha y una reputacion envidiable; que amó á la humanidad como á la gloria; ante esa triste realidad en que se ha resuelto un pasado luminoso, ¿qué debemos hacer los espectadores de tan funesto desenlace sino inclinar la cabeza y dejar que corra el llanto?.....

Estais tristes, muy tristes; lo conozco en vuestro silencio; lo están publicando vuestra palidez y vuestros sollozos.

Por qué esa tristeza?

¿No es por ventura la muerte el término de los males que comienzan con la vida?

¿No es verdad que quien se muere en la tierra, en el Cielo resucita?

Todo ello es cierto, y tal convicción es el báculo más robusto para los que há largos años vinimos suspirando de cansancio y gimiendo de dolor en el áspero sendero de lo que se llama vida; pero también es verdad que, si mucho ganan los que mueren, no ménos pierden los que sobreviven.

Aniceto Ortega ha mejorado desde que el ángel de la muerte se lo llevó al Paraíso entre sus blandas, bienhechoras alas. Yo así lo creo y me complazco en asegurarlo, porque sé que sin esta convicción, el mundo no tiene flores, ni aromas; pero debo confesar también que aquella dulce verdad consoladora viene indisolublemente unida con otra que es muy amarga: con la de que se fué el amigo y para siempre le perdimos; con la de que la infinita distancia que media entre nuestra tierra y su cielo, constituye un obstáculo infinito al ardiente deseo que nos anima de verle una vez más y de oírle cual solíamos.

Él es feliz; pero de nosotros, solo podemos decir que nos agobia el infortunio, y nos es imposible la bárbara costumbre de los antiguos Tracios que cantaban y reían á la muerte de sus amigos y deudos.

Nosotros estamos tristes. . . . muy tristes!

Ni ¿cómo pudiera ser de otro modo?

Si en los pasados tiempos, cuando morían los reyes, cerraban los sacerdotes sus templos, los jueces enmudecían, y el pueblo vagaba por las calles llenando el aire con plañideros lamentos; y si en los días que atravesamos la humanidad tiene luto y destemplados clarines para significar su pesadumbre por los guerreros que mueren, ¿cómo no hacer lo mismo nosotros por ese hombre que, en los vastos dominios de la Ciencia valía más de lo que vale un rey, y en los combates contra la muerte fué siempre bravo y vigoroso campeón?

Bien lo sabeis, Señores: dentro de ese corazón que ha cesado de latir, anidaban sentimientos generosos; y dentro de esa cabeza que ha cesado de pensar, hervía una grande inteligencia.

Aniceto Ortega no solamente era el entendido ministro de la naturaleza que unas veces la auxilia en sus esfuerzos criadores, que otras la dirige en sus saludables reacciones. y que en algunas despidе con pala-

bras de resignacion y de esperanza á los que vuelven á su punto de partida. Aniceto Ortega era algo más que el médico: era el hombre de genio á quien no bastando el libro del mundo para satisfacer su sed de ciencia, se levantaba como las águilas hasta cerca del sol y las estrellas, inquiriendo la causa de su silenciosa armonía y el por qué de su existencia. Aniceto Ortega era el artista que, expresando con melodiosas notas los delicados sentimientos de su alma, sabia conmover hasta las lágrimas y entusiasmar hasta el delirio. Aniceto Ortega era el caballero de sentimientos hidalgos, de carácter apacible, de modales exquisitos y de corazon sin doblez, contra el que nunca pudo la saña de la envidia. Aniceto Ortega era, por último, el buen hermano, el rendido esposo y el tierno padre que en su círculo de familia brillaba con una luz apacible y blanda, como brilla el faro de la noche entre los grandes cuerpos celestes que le son más inmediatos.

Y tanta ciencia, tanta armonía, tanta pureza de sentimientos ¿qué se hicieron?

¿En dónde está el médico triunfador de la muerte?

¿En dónde el artista que con el maravilloso poder de sus notas armoniosas despertaba en el pueblo arranques de sublime, patriótico entusiasmo?

¿En dónde está el amigo que estrechó tantas veces con efusion cariñosa la mano que le tendíamos?

¿Qué se hizo el que fué foco de amor, de inspiracion y poesía para esos hombres, esa mujer y esos niños que lo están llorando con los santos nombres de hermano, de esposo y de padre?

Allí está! . . . Nada le conmueve; nada le agita; sus ojos no tienen luz; en sus labios no hay armonías; su pecho ya no respira; su corazon está muerto.

Pertenece á la eternidad.

Es de Dios!

.....

Pero, si os es posible, no le lloréis; porque ese yerto cadáver, esa poca de materia que se fermenta y vuelve á la nada de donde surgiera, no es, no puede ser el hombre cuya pérdida estais deplorando. Si tal fuese, razon tendríamos para llamar insensata la noble ambicion de gloria; para reírnos del general anhelo por la inmortalidad del nombre; para sentir repugnancia por los inapreciables lazos de la familia, y para ver con desden los elevados intereses de la patria.

No; abrid los ojos de la fé, y vedle con la frente orlada por los viví-

simos destellos de una corona muy más valiosa que los laureles que ciñó en el mundo; miradle cómo sonríe con una sonrisa en que se adivina un cielo; contempladle, si no os ciega la luz de su etérea esencia, y confesad que no ha muerto.

Él nos mira y nos escucha; y si fuese dable que su voz vibrara en este recinto, oiríamos cómo nos dice: Sed, como yo, buenos; seguid sin desmayar nunca el espinoso sendero en que os habeis colocado; amad á la patria como á la familia, y á ésta hasta la abnegacion de vuestra vida y el sacrificio de vuestro reposo; porque todo eso es bueno, y como bueno, todo eso es por acá premiado.

Oh! el corazon se ensancha con esta creencia consoladora, y hasta más llano se mira el camino del sepulcro, y hasta se desea pasar pronto de las tinieblas de la vida á la claridad de la muerte, de las efimeras ilusiones de nuestro mundo á la bella realidad de lo infinito.

Tal es mi modo de sentir y de pensar; y al dar á ese hombre muerto mi último adios, en representacion de la Academia de Medicina, que me ha honrado con este encargo, de él me despido como solian los antiguos romanos, diciéndole por último:

Vale, vale; nos ordine quo natura voluerit, sequemur.

México, Noviembre 22 de 1875.

MANUEL DOMINGUEZ.

Concluida la ceremonia, los alumnos de la Escuela tomaron el ataud en hombros, y siguió la comitiva por las calles de Santo Domingo, Empedradillo, Plateros, San Francisco, etc. Cerraban el numeroso séquito los dolientes de la familia, yendo á continuacion el elegante carro fúnebre y cerca de noventa carruajes, en cuyas portezuelas se veían los monogramas de las mas distinguidas familias de la capital.

Frente á la Alameda el cadáver fué trasladado al carro, y el cortejo se colocó en los coches que continuaron en fúnebre procesion hasta el cementerio francés.

Allí fueron recibidos los restos por sacerdotes católicos; se rezaron las últimas preces, y el ataud bajó á su fosa.

¡Que su alma disfrute en los Cielos de tantas felicidades como bienes supo hacer en la tierra!



